

Héroe en desgracia

Una vez adentro de la casa observó a un tipo gordo y morocho de unos cincuenta años de edad sentado un ancho sillón de cuerina bordó ajeado frente a un inmenso televisor. Estaba en ojotas y pantalón corto, una remera marrón claramente manchada de grasa que cubría su prominente y redondo vientre.

—¿Qué hacés por estos lugares, profe? —Con acento, el tipo casi caribeño.

Sánchez lo miró desde lejos. Sabía que había llegado de Colombia hacía unos quince años, lo conocía, lo tenía visto. Había comenzado robando autos y luego cambió de rubro.

Era la vergüenza de la comunidad colombiana, ni al club San Basilio de Palenque podía entrar que se encontraba no muy lejos de la casa de Sánchez.

—Buenas noches, usted y yo nos conocemos, aunque nunca habíamos sido presentados formalmente —Sánchez estaba seguro y con una vos un tanto alta como familiarizado con el entorno.

El gordo lo miraba.

—Le vengo a pedir un favor.

—¿Un favor maestro, a mí?

Sabía que no le podía pedir que no les venda merca a los pibes. No saldría de la casa vivo.

—Dejame la escuela tranquila —pasó a tutearlo como para entrar en confianza y hacer más íntima la charla—. Agarrate a tiros con tu competencia fuera del radio de la escuela, uno de tus muchachos puede matar a uno de los pibes y puede ser uno de tus sobrinos. Y vos lo sabés.

El gordo lo estudió.

—¿De qué me habla, director?

Había pasado a no tutearlo el gordo, no era buena señal.

—Lo que te dije, pueden matar a uno de los pibes. Si los míos compran fuera del radio yo no puedo hacer nada, pero tiros alrededor de la escuela no quiero.

—Tú andas mucho con el comisario...

—Y ahora ando con vos, y si querés nos tomamos una foto juntos... y vos también andás con el comisario. Te vieron mis alumnos, pero los pibes no dicen nada. Quieren menos al taquero que a vos. No sabía si alguna vez se habían juntado, solo lo tiro para ver su picaba. Pero lo más seguro era que le acertaría.

—Jajajajajaja —el tipo tenía una risa ronca y grave quemada por el cigarro y el alcohol.

—¿Vos me viste?

—Yo nací aquí, vos no. Es cierto que a vos te conocen más que a mí, pero no te olvides que yo soy conocido de los padres de los que laburan para vos.

Solo te pido que no jodas en la escuela.

—¿Hablaste con el otro?

—No, vengo a vos primero

—¿Por qué?

—Porque sos el más importante.

—jajajajajaja, me gusta esa. Tú sí que la tienes clara, dire...

Vaya, dire, de mi parte no va a ver más problemas... Claro que a dos cuerdas de la escuelita como máximo.

— “Escuelita la concha de tu madre gordo hijo de puta” —pensaba Sánchez mientras casi le hizo una reverencia.

Salió de la casa temblando, tenía que ir a lo del peruano, quedaba pasando el arroyo, lo pasaría por el viejo puente de madera, no por la ruta, de esa manera no tendría que pasar por el asentamiento al pegar la vuelta.

Este peruano era mucho más viejo y lo conocía personalmente porque en una época iba al negocio del padre, de joven había llegado al país. Primero trabajó como albañil, pero al tiempo ya vendía porros y era carterista en el colectivo que entraba al barrio. Ahora cuasi un empresario de autopartes y falopa de dudosa calidad.

Cuando pasó a las tres cuadras del asentamiento rogaba perder ver la cara de uno de sus alumnos, ni uno, parecía a propósito. Al llegar lo pararon en la esquina seis muchachones, de inmediato reconoció a un exalumno que no había terminado

—Mira quién vino. El dire. Mirando a unos cuatro que estaban tomado cerveza y fumando.

—¿No me diga que quiere comprar algo para sus alumnos? —Riendo uno de ellos.

—Vengo a ver al viejo.

—Aquí hay muchos viejos.

—Al padre de todos.

Sale de adentro una mujer de unos cincuenta años.

—Soy la hija mayor. ¿Qué quiere director aquí?

—Pedirle un favor a su padre. Ya hablé con su competencia de que no lo arreglen los quilombos en la puerta de la escuela.

—¿Y por qué no vino primero aquí? —la hija.

—Porque a los que más poder tienen los dejo para lo último.

La mujer lo dejo entrar.

Al pasar una casa muy similar a la anterior, un viejo flaco sentado a la mesa, mirando la nada con un bastón en su mano.

—Buenas noches.

—Buenas noches. Que quiere un maestro de escuela en mi casa. Conozco a tu padre.

—Pedirle que no se tiroteen en las inmediaciones de la escuela.

—Tienes que tener muchas pelotas para venir a mi casa a esta hora a joder.

—No, vengo solo por mis alumnos. Algunos de sus nietos vienen a mi escuela

—¿Qué dijo el otro?

—No quiere lastimar a sus propios sobrinos en la escuela.

—Ah, tiene sobrinos y yo nietos. Eso no es bueno. Pero me parece bien.

Acompañen al maestro hasta la ruta.

Fueron las doce cuadras más largas de su vida, y para peor pasaron por el asentamiento, pero con semejantes guardaespaldas no pasó nada, pero nunca se sabe...

Ya era tarde para pasar por lo del chileno, pero no le importó, fue igual. Tenía la dirección en un papel, no era lejos.

Otra calle de tierra del otro lado de la ruta, una zanja cruzaba la calle, típica para que pase el agua de un lado al otro y no se inunde. Barro y olor a podrido típico de zanjas llenas de mugre y agua estancada.

Era tal el barro que no pudo llegar, demasiado tarde para quedarse estancado con el auto, ya le había pasado varias veces. Decidió volver a su casa, frustrado mientras manejaba pensaba que harían los dos capos mafia.

Martes por la mañana, otra vez en la 2221, a media mañana se acuerda del aniversario, ni había saludado a la mujer. También había olvidado comprar un regalo, flores, un chocolate, algo.

A ella por su parte se le había vuelto a romper el auto y le reclamaba que necesitaba otra computadora para el estudio que hacía meses que tenía que imprimir los trabajos en su casa o en la librería de la esquina.

De una corrida fue hasta el centro comercial a una casa de electrodomésticos a comprar una impresora. Ni se le ocurría qué era más barato en una casa de informática, lo mismo era inútil, tenía la tarjeta en rojo, con vergüenza salió del local.

Pero él tenía un solo pensamiento, la puta bomba y el tano que se hacia el boludo. Aunque sabía que en el fondo el tano tenía razón, la cooperadora le debía mucha guita y el tano no estaba para hacer beneficencia, eso solo lo pueden hacer algunos estatales que sienten que trabajar para el estado es un honor.

Llama por teléfono al lobo. Tenía que estar en la escuela, le preguntó qué profe tenía un BMW.

—Che, Pedro mirá que no es un 0 Km. Le contestó el lobo naturalmente.

—La concha de su madre, yo tengo un auto de veinte años y el pibe este tiene un BMW, viejo pero un BM...

—Más allá del auto que tenga ese pendejo no me gusta una mierda, no habla con nadie, y siempre se lo ve chichoneando con alguna piba a solas.

A Sánchez se le abrieron los ojos como huevo fritos.

—¿¡Pero por qué no me dijiste antes!? ¡Con las pibitas no!

—Es que no quise joderte sin estar seguro. Lo vigilé antes de la cuarentena, quiero ver que hace ahora. Quedate tranquilo que si se pasa lo hago mierda primero yo y vos después le haces hacer un sumario. A estos los tenemos que arreglar nosotros. —Y agregó—. Che Pedro, no te olvides de la bomba.

La puta madre al tano... —Pensó sin contestar.

Como no habían asistido alumnos avisa que va para la casa de los chilenos, de paso pasa primero por su escuela.

Mientras caminaba por el patio desolado pensaba el profe joven. Sí, además ni entra a la sala de profesores, seguro que les vende a los pibes.

Entra a secretaría.

—Otra vez esta hija de puta de las tareas pasivas faltó sin avisar, ni el libro de firmas puede hacer esta yegua — Nora a las puteadas.

Daba vueltas con el libro de firmas en la mano tal abanico de “locomía”.

—No viene nunca la hija de puta —seguía rumiando—. ¿Qué haces acá que no estás en 2221?

—Tranquila, debe estar de viaje... —Le tiró al pasar, Pedro.

—No me des manija la puta madre, forra del orto vaga de mierda. Ya me comentaron que siempre vivió de licencia.

Pedro se metió en la dirección sonriendo solo, preparó un par de papeles y se fue a la casa de los chilenos.

Al llegar la calle seguía embarrada. Dejo el auto a dos cuadras y fue caminado, quedaba en la loma, una manzana con cinco construcciones, una de las cuales era una capilla y la otra un a prefabricada con unos pai umbandas brasileros.

Mucha fe, pero poca igualdad, se decía Pedro mientras intentaba no caer a la zanja. Golpeó las manos desde el otro lado del alambrado. Salió una mujer delgada con aspecto de demacrada.

—Buenas tardes señora, soy el Profesor Sánchez. Profe de su hijo de la escuela 2221, en el cole estamos muy preocupados porque su hijo está faltando mucho y desde que terminó la cuarentena que no aparece. Además, entregó la mitad de los trabajos de todas las materias. Ni la dejó saludar, le tiró con toda la artillería que tenía.

—Que tal profesor, ya le dije a la preceptora que mi hijo no iba a ir más a la escuela.

—Pero no señora, la escuela es obligatoria, es una ley en este país, el secundario lo es. Aquí no es como en Chile.

—Mire señor, no me importa, nadie lo puede obligar, si él no quiere no va ir.

—Es que él si quiere seguir estudiando.

—No me importa, ni usted, ni nadie se puede meter, si él no trabaja, no me ayuda no comemos.

—Lo entiendo señora, pero si le hacemos una denuncia usted va a tener problemas. ¿O acaso prefiere volver a Chile?

Un silencio.

Tímidamente pasó del otro lado del alambrado haciendo equilibrio sobre unos ladrillos sobre el pasto y barro.

A ver, tranquilícese. Busquemos una solución juntos. Entendemos por lo que está pasando y que su marido falleció y que usted tiene más hijos.

La mujer se puso a llorar.

—Tengo seis, sola no puedo.

— “Putá madre, no podían ser dos, tenían que ser seis” —pensó Pedro.

—Por qué no hacemos una cosa, pase a su hijo y a los mayores a mi escuela que tiene turno vespertino así pueden trabajar con usted cocinando o llevando la mercadería que usted fabrica y buscamos una beca del estado para los otros hermanos.

—Es que no sé cómo hacerlo y si me corresponde por no ser argentina. Los tres más grandes son chilenos, lo más chicos son argentinos.

—El estado argentino ayuda a todos. Así nos va, pero es lo que hay que hacer...

Luego de un rato de charla, convencerla y tranquilizarla volvió a la escuela de Guillermo.

Ya en la escuela por entrar al aula lo llama el taquero,

—¿Qué hiciste Sánchez? ¿Vos sos boludo? Te vieron todos con estos dos mafiosos que se cagaron a tiros.

—A vos también te vieron y nadie dice nada.

—No te hagás el pelotudo conmigo que me queda un año más en esta cueva.

—Exacto, veámoslo de este modo, te vas dentro de un año, pero yo me quedo a trabajar y vivir, así que esta vez no me rompas vos los huevos. No te digo qué hacer, pero yo los quilombos los tengo que solucionar de alguna manera.

Cuando terminó de hablar por teléfono y entra al aula encuentra una chica llorando, por un momento pensó un fallecido en la familia.

—Hola Mamani, ¿Qué le pasa, por qué llora?

—Mi mamá y mi papa no me dejan estar con mi novio y anoche se pelearon con los padres de mi novio

—¿Son vecinos?

—Sí, se odian por porque mis viejos son bolivianos y los de él son paraguayos.

—Todavía con eso. Pero tantos años que terminó esa guerra...

—Yo quiero quedar embarazada así me voy de mi casa.

—Nooooo, eso nunca, no, por ese motivo no. Usted debe estudiar, tener su profesión. Su casa, su sueldo, luego pensar en una familia. Así no se hacen las cosas.

Luego de un rato de charla e intentar convencerla la piba se tranquilizó.

—Bien, retomemos nuestro tema.

Esa semana se la paso dando clases entre Rosas la revolución francesa, los novios bolivianos y paraguayos y buscando beca para los chilenos. Ayudando con la expotécnica, la fiesta de educación física, la entrega de diplomas de los egresados de vigésimo quinto aniversario, cena de jubilados que la hizo coincidir con el cumpleaños de la escuela y todos los eventos que habían quedado en el tintero por la cuarentena.

Llegó el sábado a la mañana nadie a educación física ni los talleres, se había perdido matrícula, a la tarde la facu, media hora presentándose en el aula magna para darse cuenta que se había equivocado de comisión. Y que ningún alumno le había avisado que era otra cátedra.

Llegó el día de la muestra de arte, ciencia y tecnología salió excelente gracias a los jefes de departamento y se sorprendió al comprobar que los novios de la noche de los encuentros furtivos en la biblioteca habían organizado de forma excelente las visitas de escuelas de los tres turnos.

Su stand en la expotécnica fue uno de los mejores, pese a que su aporte fue solo el aspecto histórico de la tecnología en la RA. Pero la directora de la técnica lo felicitó en público en el cierre por su colaboración con los jefes de área. Todos los inspectores, incluso el suyo, que a su muestra no se había dignado de ir, ni siquiera lo había llamado para saber cómo había estado.

Luego de dos semanas intensas sábado a la tarde en la facultad debatiendo sobre el peronismo y la industria.

—Pero en realidad la industria aeronautita se debe al brigadier Ignacio San Martín.

—Sí, y no nos olvidemos de la automotriz, él le da un vuelo mucho mayor de IAME. Fabricó el camión pampa, la moto puma, el auto justicialista sedan y coupé, el famoso rastrojero, la avioneta boyero, lanchas deportivas y el pulqui.

—Bueno, por eso, no fue Perón el de la idea —una muchacha.

—Mire, yo no sé si fue Perón, pero él lo puso en ese puesto, eso es un hecho histórico y no lo puede negar.

—Pero nada de eso se continuo des pues del 55, porque no servía, bueno excepto el rastrojero.

—Pero quien dice que no servía —dijo Pedro.

—Y creo que para debatir ese tema técnico debiéramos traer un especialista y averiguar se eran útiles o no.

—A ver, negar lo obvio es de necios, es como negar la existencia de la universidad obrera.

—Profesor, la utn la creo Frondizi

—La creó o modificó en base a la UOM universidad obrera nacional.

—Creo que vamos a tener que hacer un alto aquí por este tema.

Al salir de la facultad, el sábado a la noche lo llama el coordinador de extensión universitaria.

—Profe, tengo que hablar con usted.

—Sí, dire. ¿Qué pasa?

—Sánchez hace una hora le hicieron una denuncia por política.

—¿Qué?

—Sí, por inducir al peronismo.

—Pero si es una catedra del peronismo.

—Sí, la denuncia viene de otro peronista, dice que usted es trosko.

—¿Yo? Si yo no soy zurdo.

—Mire, esto hay que solucionarlo, si no le voy a pedirle la renuncia.

Salió de la universidad nublado.

Llegó a la casa sin ganas de cenar, callado.

Llegó a su casa desbastado, nadie en la casa. Una carta de la mujer.

Te estuvimos esperando para el psicólogo, nunca respondiste los mensajes.

Fin.

Continuará.

RL-2020-05109278-APN-DNDA#MJ

Este relato es una ficción, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.